BENITO Y SUS AMIGOS

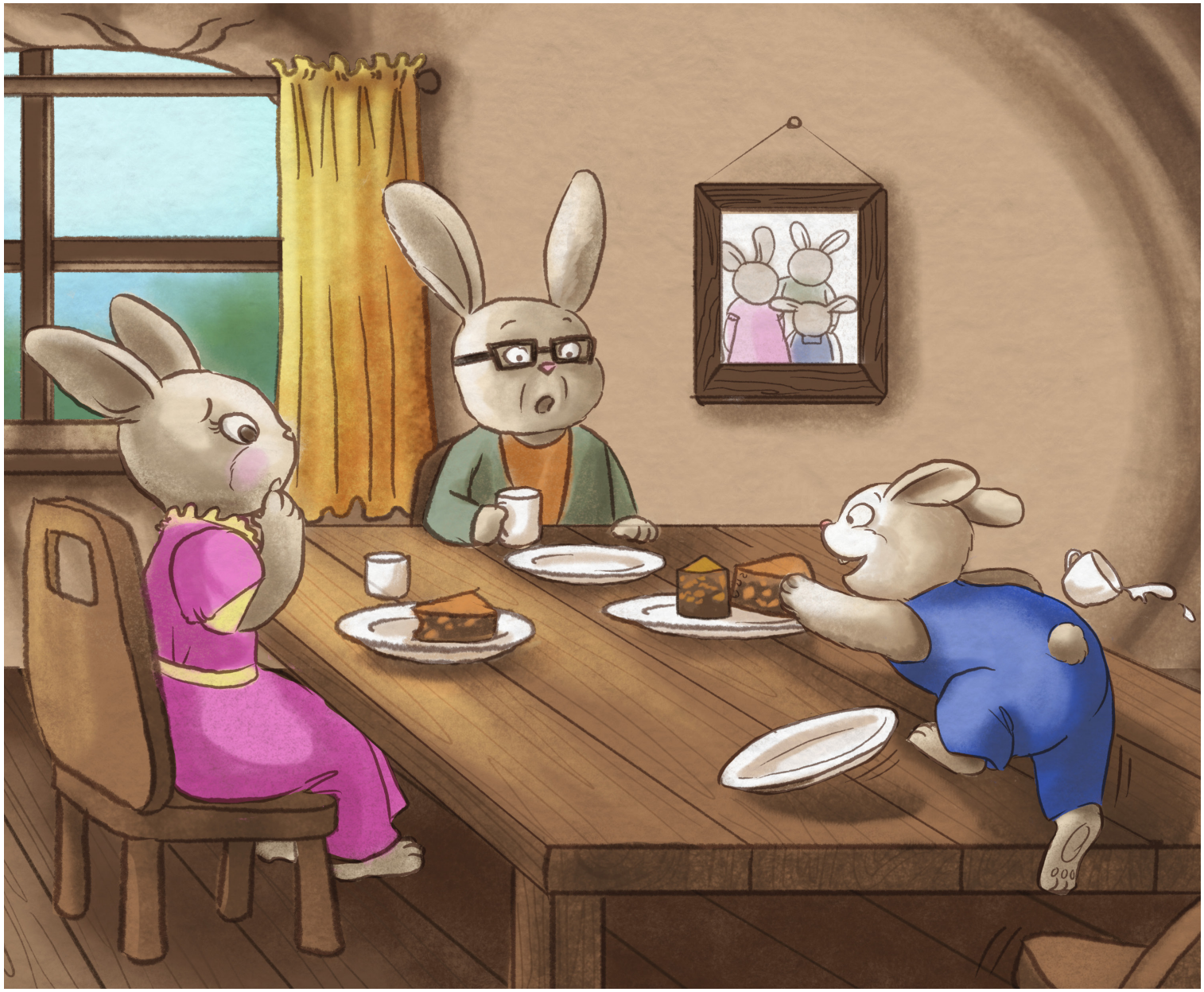
BENITO Y LA BESTIA

El conejito Benito *no* podía esperar. En cualquier momento, las hormigas —atraídas por la miel líquida que conducía hasta la maqueta-granja para hormigas— harían fila para ingresar a la granja. Benito iba a ser el conejo más listo de la escuela cuando hiciera alarde de su colonia de hormigas criadas en casa durante el día de mostrar y compartir.

Con la mente llena de los elogios que según él pronto iría a recibir, Benito trepó hasta la mitad de la mesa y regresó a su silla con otro pedazo de pastel de zanahoria.

—Dios mío —dijo su madre—. Parece que alguien está olvidando sus buenos modales.

Pero Benito no prestó atención. Antes de que su mamá o papá hubieran terminado su primer pedazo de pastel, él ya se había comido *tres* pedazos. Sin pedir permiso, salió corriendo afuera donde tenía su maqueta para hormigas. Trepó con cuidado los últimos escalones como para no espantar a ninguna hormiga y miró dentro del contenedor. Con la luz del día desapareciendo, se esforzó por ver si algo se movía. ¿Había alguna hormiga? *No*.



Había seguido todas las instrucciones que acompañaban el juego. ¡Se suponía que debía funcionar! Benito dio un suspiro de frustración. ¿Qué pasaría si no había hormigas en su granja para el jueves? ¡No tendría nada que mostrar a la clase! Y justo aquella tarde se había jactado delante de Hugo el mapache, de que su granja de hormigas iba a ser mejor que los actos de malabarismo que Hugo tenía pensado mostrar.

Pateó el suelo, resolló y resopló. Aquello no era nada bueno… *Pero, ¡un momento! ¿Será que a las hormigas les gusta el pastel de zanahorias?* —se preguntó.

Benito corrió de regreso a su casa, pasando a empujones entre mamá y papá, y tomó el último pedazo de torta que quedaba. Eso fue bueno, porque si se hubiese demorado un segundo más, ¡mamá y papá lo habrían compartido! Y salió a toda prisa.

Aquella noche, mientras se iba a dormir, escuchó a sus padres hablando en voz baja acerca de cierto conejo que se había portado mal ese día. Apenas tuvo tiempo para preguntarse de quién podría tratarse, pues al poco rato se quedó dormido, soñando con hormigas. Sin embargo, a las pocas horas se despertó.

Salió de su cama y se dirigió a la habitación de papá y mamá.

—Madre —dijo—, nos hemos quedado sin miel, así que tuve que usar el pastel como carnada para mi granja de hormigas. ¿Puedes hacer más pastel mañana? ¡Mamá! ¿Estás escuchando?

Papá soltó un gruñido molesto y Benito decidió volver a su cama. Se lo iba a recordar en la mañana.

Al día siguiente, Benito se levantó emocionado por lo que le esperaba ese día. Pero al poco rato ya estaba de malhumor. ¡Al parecer las hormigas no eran las únicas criaturas del bosque a las que les gustaba el pastel de zanahorias! No había pastel de zanahoria en el contenedor de hormigas y tampoco había hormigas.

Anduvo furioso por la casa, dando portazos y abriendo y cerrando cajones toscamente. En la mesa del desayuno miró con ceño fruncido su plato de papilla de zanahoria. No notó que sus padres lo miraban con preocupación. Él necesitaba un nuevo plan y rápidamente.

Aquel día durante la hora del cuento, el profesor Ramón contó el relato de una espantosa bestia que a nadie le gustaba. El relato tenía un final feliz, pero Benito ya había oído el cuento antes así que no prestó atención. Golpeteaba con los dedos de las manos y de los pies y deseaba estar afuera atrapando hormigas o tal vez llamar la atención de la conejita Isabel. Sin embargo, Isabel estaba mirando a Hugo el mapache. A Benito eso no le gustó. La conejita Isabel era amiga suya no de Hugo. Si ella debiera mirar a alguien durante la clase ¡era a él!

Se puso a juguetear con el lápiz entre los dedos y se aclaró la garganta. Era muy hábil haciendo girar el lápiz entre los dedos. Se aclaró la garganta más fuerte y jugueteó más rápido con el lápiz. Isabel lo miró y lo mismo hizo el profesor Ramón. Benito se ruborizó y bajó el lápiz.

—Benito, ¿tal vez nos puedas decir por qué la bestia le caía tan mal a la gente? —le preguntó el profesor Ramón.

Afortunadamente, Benito recordaba muy bien el relato, así que dijo:

—Porque solo pensaba en sí misma, nunca en los demás.

—¿Y por qué provocó eso que fuera marginada?

Benito pensó en cómo la bestia se comportaba en el cuento.

—Como nunca se bañaba, ¿será porque olía mal?

—Sí —dijo el profesor—. Pero más que nada porque solo pensaba en sí misma.

Durante la hora del almuerzo, Benito se preguntó por un momento el motivo por el que nadie se sentaba junto a él para almorzar, sin embargo, esos pensamientos fueron rápidamente reemplazados por otros acerca de técnicas para cazar hormigas.

De camino a casa del colegio, saludó a su mejor amigo, Crispín el puercoespín, y le preguntó si lo quería ayudar con su proyecto de la granja de hormigas.

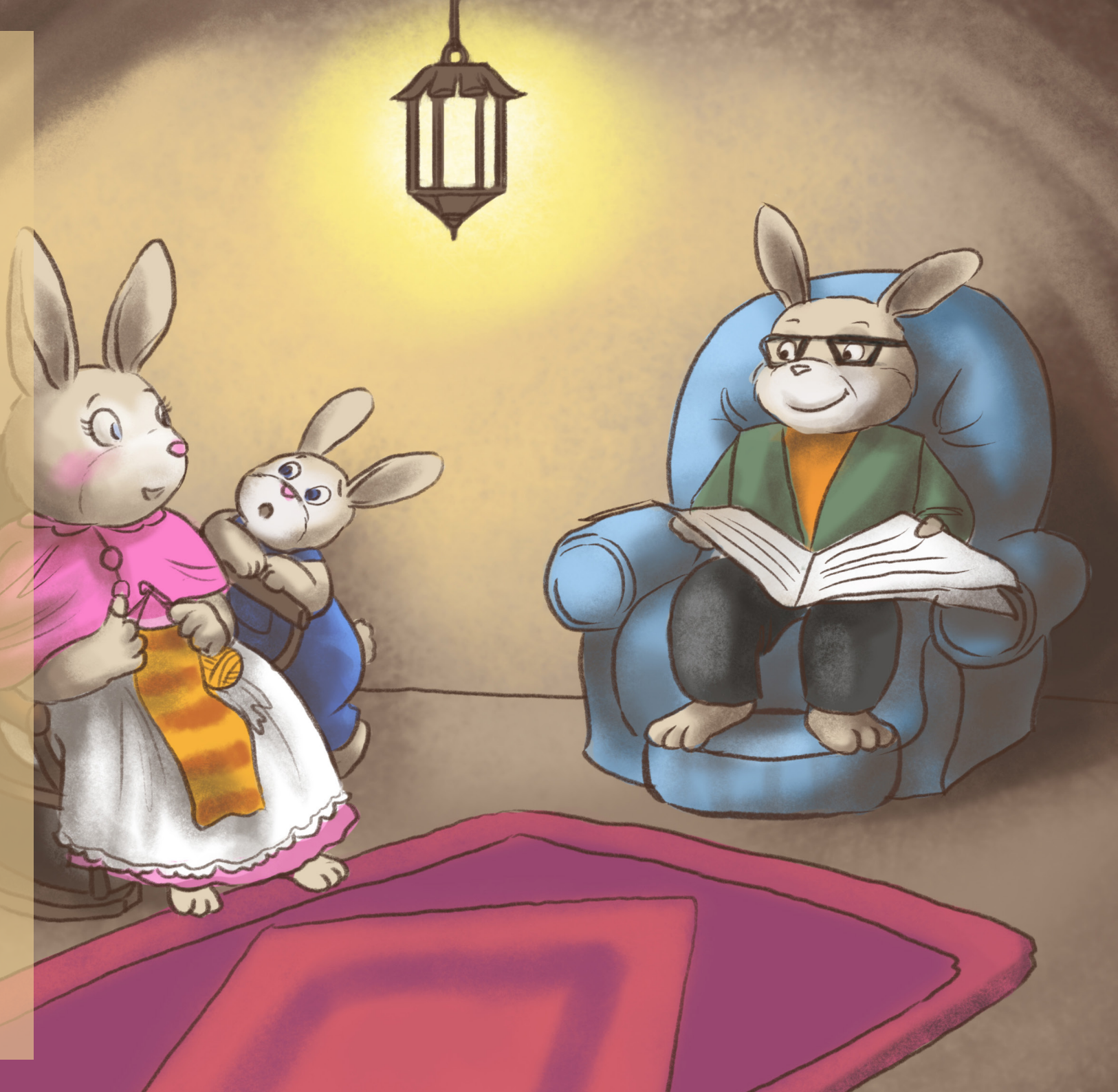
—Yo… este… tengo que hacer tareas —le respondió Crispín antes de alejarse rápidamente.

Recientemente a Benito le parecía que andaba bastante más solo que de costumbre.

Después de la cena, mamá estaba hablando acerca de las bufandas a crochet que estaba haciendo para sus sobrinos. Papá escuchaba atentamente.

—¿Cuándo podemos ir a visitarlos? —preguntó Benito.

A Benito le encantaban sus primos. Aunque todavía eran pequeños y muy traviesos, a él le parecían adorables.



—¡Vaya, Benito! —dijo mamá—, ¡esa es la primera palabra que te he escuchado decir en una semana que no fuera acerca de tu granja de hormigas!

Benito estaba sorprendido. Seguramente había hablado de otras cosas. Estaba seguro de que ayer había hablado con su papá acerca de… mejores lugares para poner su granja de hormigas. Bueno, hace unos días había hablado con Crispín acerca de depredadores que atacan a… las hormigas.

—Hijo, es bueno tenerte de vuelta —dijo papá esbozando una sonrisa.

—¿De vuelta? Pero si no he ido a ninguna parte.

—Lo que pasa es que comes tu comida tan rápido que apenas tenemos tiempo de hablar.

—¿Tan mal me porté esta semana? —preguntó Benito preocupado.

—No, cariño —dijo su mamá—. Es solo que cuando tu mente está tan llena de ti mismo, olvidas las cosas que hacen que nuestra vida de hogar sea agradable. Por ejemplo, ¿te gustaría que tuviéramos a otro Benito en la casa, que se portara igual que tú? ¿Alguien que se sube a la mesa para tomar la comida en vez de pedir que se la pasen, o que solo hable de sí mismo todo el tiempo?

Benito pensó en cómo se había portado últimamente y decidió que no le gustaría tener a otro Benito en la madriguera. No alguien que se portara como lo había estado haciendo él últimamente. Se preguntó si no sería por eso que las hormigas se mantenían lejos. Y también Crispín. Benito no quería ser como esa bestia con la que nadie quería estar. Tomó la decisión, empezando en ese instante, de procurar pensar más a menudo en los demás. A decir verdad, en los últimos días se había sentido más bien solo y un poco triste. Tenerse solo a sí mismo de compañía no era divertido.

Aquella noche, a la luz de luciérnagas danzantes y el brillo rojo de la puesta del sol, Benito se dirigió nerviosamente hacia el contenedor de vidrio que debía contener una granja de hormigas. Mañana iba a ser el día de mostrar y compartir y necesitaba desesperadamente que algo se estuviera moviendo dentro. ¡Y algo había! Era un… ¡escarabajo! ¡Un escarabajo rinoceronte! Y al lado del escarabajo también había una hormiga.

Benito suspiró, aliviado de que había cazado *algo*. Le hubiera gustado compartir la buena noticia con Crispín. Es más, todo su experimento pudo haber sido mucho más divertido si lo hubiera compartido con Crispín. Pero prestó muy poca atención al proyecto que Crispín estaba preparando para mostrar y compartir. Ahora se lamentaba por eso.

—¡Crispín! ¡Crispín! —Benito llamó a su amigo de camino al colegio. Crispín se detuvo. En las manos llevaba una tabla cubierta con una tela. Cuando Benito se acercó notó una mirada de preocupación en el rostro normalmente alegre de Crispín.

—Crispín, ¿qué pasa? —le preguntó Benito.

Crispín soltó su tablero cubierto y tomó aire.

—Mi… mi proyecto… no es bueno. Al menos no tan bueno como el tuyo.

Crispín descubrió su tablero que mostraba una pequeña aldea hecha de ramitas, nueces y hojas.

—¡Vaya, Crispín! Habrás tardado horas en hacer eso. Es increíble. Ojalá hubiera pensado en algo así.

—¿En serio? —Crispín se animó un poco—. Yo te pregunté si querías ayudarme, pero tú me dijiste que estabas ocupado con tu proyecto de hormigas y no quise molestarte.

—Uy. Esta última semana he sido un poco como la bestia —Benito se ruborizó y ofreció una ligera sonrisa—. Creo que lo habría pasado mucho mejor si te hubiera ayudado con tu proyecto. Siempre me divierto mucho más cuando hacemos cosas juntos.

—Yo también —dijo Crispín—. ¿Tú crees que mi proyecto está bien para mostrar y compartir? —preguntó Crispín.

—¡Por supuesto! Todos se van a quedar con la boca abierta con todas las casitas y, mira, ¡hasta incluiste una laguna de patos reales! —Benito estaba feliz por su amigo—. Vamos al colegio para instalar tu proyecto.

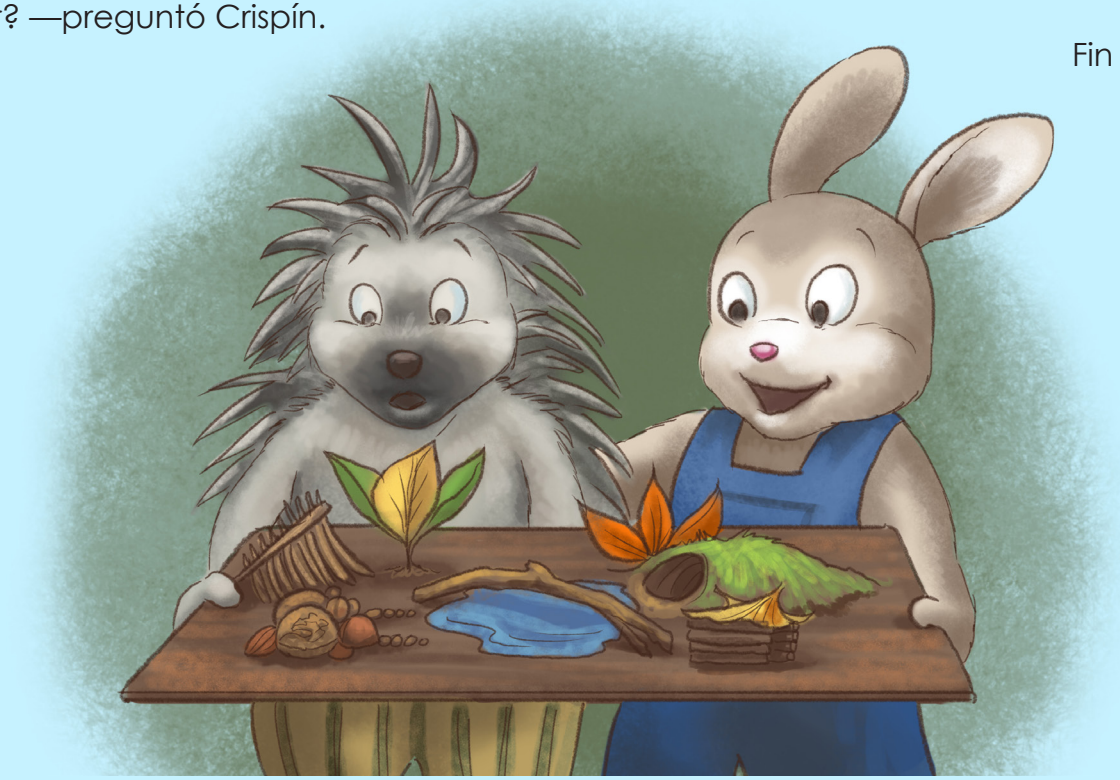
Crispín tomó nuevamente su tablero y preguntó:

—¿Cómo va tu granja de hormigas?

—Está bien, pero la próxima vez voy a hacer las cosas de otro modo.

Y mientras caminaban rumbo al colegio, Benito pensó en lo bien que se sentía al pensar en los demás y no solo en sí mismo.

Fin



Se encuadra en: Desarrollo personal: Habilidades sociales: Amistad-1c
Texto: R.A. Watterson. Ilustración: Yoko Matsouka. Diseño: Roy Evans.
Publicado por Rincón de las maravillas. © La Familia Internacional, 2021